

Rafael de las Peñas Díaz  
Diciembre, 1994

Celestial y Purísima Señora:

En el día en el que la Iglesia toda conmemora tu Natividad y esta Diócesis malacitana te honra como Madre y Patrona - Victoria de Dios sobre el pecado - me ofrecieron ocupar esta tribuna desde la que una añeja Corporación nazarena quiere cantar tus excelencias.

Indigno soy, a todas luces, de merecer el honor de llevar a cabo tan alta empresa, pero he de decirte que, de mi atrevimiento, Tú eres la primera y principal responsable.

Tú, que en la tarde de ese mismo ocho de Septiembre, atravesabas el catedralicio patio de los naranjos - morenita y seria- con tal señorío y majestad, que la sola contemplación de tu divino rostro, era suficiente motivo para henchir el corazón de deseos de alabarte.

Tú, que, a los pocos días, me aguardabas, en la estrecha sacristía de la Capilla de San Juan, amable y paciente, casi humana, desprovista de los atributos de tu Realeza, y dispuesta a acercarte, un año más, a tender la mano a todo el que la necesita.

Fue entonces, teniéndote tan cerca, observando ensimismado la delicadeza de tus rasgos exquisitos, cuando no pude ya negarme a aceptar la misión que se me encomendaba aun cuando, en todo momento, he sido sabedor de que todos mis esfuerzos resultarán baldíos, pues ni todas las palabras que existen, ni las que pudieran inventarse, lograrían describir certeramente tus infinitas virtudes.

Es tanta tu incomparable gracia y tan grande tu delicado encanto, que he querido dirigirte mis primeras palabras con la seguridad de que tu corazón de Madre sabrá perdonar todas las

carencias de este humilde siervo.

Comunidad de Religiosas de Las Esclavas del Divino Corazón.

Querido Hermano Mayor.

Compañeros y amigos de la Junta de Gobierno y del Consejo de la Muy Antigua y Venerable Archicofradía Sacramental de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Redención y Nuestra Señora de los Dolores.

Representaciones de nuestras Hermandades de Gloria y Penitencia.

Señoras y señores:

No quisiera continuar sin antes dar las gracias a Rafael, mi Hermano Mayor, por sus cariñosas palabras de presentación.

Gracias porque, a la ya ardua tarea de manejar el timón de la Hermandad has querido, así me consta, añadir la dificultad de trazar un elogioso perfil de mi persona con frases dictadas, sin duda, por el corazón del amigo y la camaradería del que ya pasó por este trance.

He de confesar que tan sólo dos razones justifican mi presencia de hoy en este estrado. Ante todo la filial devoción que profeso a la Santísima Virgen a cuyo llamado resulta imposible quedar indiferente.

Más, por si esto fuera poco, soy de los que piensan que en el ánimo de todos los cofrades debe imperar el espíritu de servicio a la institución, y ha sido ese convencimiento lo que me ha llevado a aceptar la decisión de la Junta de Gobierno de la Archicofradía a la que más que agradecer por dicho gesto -y sabed que lo hago de corazón- debía de reprender públicamente por no haber buscado a otra persona que, con más méritos que yo, hubiera dado a este acto la brillantéz que requiere y le es propia.

Muchos y muy buenos oradores han ocupado este atril. "Ilustres clérigos y dignos laicos", dando así cumplimiento a nuestras Reglas, que han puesto todos sus conocimientos teológicos, históricos y literarios en el loabilísimo empeño de ensalzar a María, y muy especialmente en el Misterio de su Santa e Inmaculada Concepción.

Pero ¿por qué ese interés en destacar esa cualidad de la Santísima Virgen?

A esta pregunta, lógica e inevitable, surge, sencilla, la respuesta:

Y es que de entre los innumerables dones y privilegios con que el Altísimo quiso adornar a su Elegida, preparándola para el momento culminante de la Encarnación del Verbo, ninguno como éste de la Concepción Purísima ya que, desde ese momento, el primero de su vida, la Santísima Virgen quedaba diferenciada del común de los mortales convirtiéndose en depositaria de todos los bienes de alma y cuerpo.

Este es el comienzo de todos los planes que Dios trazó, desde la eternidad, para Aquella que fue predestinada para dos misiones fundamentales: la Maternidad Divina y la Corredención del género humano.

Ya en el Antiguo Testamento se anuncia el cometido de María cuando, en el libro del Génesis, Dios maldice a la serpiente con las siguientes palabras: "Yo pongo enemistad entre ti y la mujer. entre tu linaje y el suyo. Ella te aplastará la cabeza y tú la acecharás el calcañal".

En estas frases encontramos una indubitable referencia al papel corredentor que le correspondió a la Virgen, de la misma forma que, en la profecía de Isaías, la hallamos acerca de la

Divina Maternidad: "Y brotará un retoño del tronco de Jesé y una flor nacerá de su raíz".

Así fue, porque fue el mismo Dios quien lo dispuso.

Nuestros primeros padres fueron creados con un enorme cúmulo de dones gozando del estado de participación de la naturaleza divina y viéndose privados de la ignorancia, la malicia, la concupiscencia, el dolor, la enfermedad y la muerte.

Pero vino el pecado, y con él todos sus males, de manera que el hombre perdió la gracia y, por ello, la amistad del Creador.

Aquel que la mano del Padre había puesto por encima de toda su obra quedaba apartado, para siempre, del camino y el fin para el que fue hecho.

Sin embargo, Dios, que es amor y misericordia infinita, quiso devolverle al lugar de donde había caído y, para ello, dispuso que, de la misma forma que un hombre y una mujer habían precipitado a la ruina a todos sus descendientes, un nuevo Adán y una segunda Eva, vinieran a rescatarlos de su mal.

Humanos fueron los responsables de nuestra ruina y así habían de ser aquellos que la remediaran, por eso es que "tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito", y para que El se encarnara en la tierra, escogió a María erigiéndola en Primer Sagrario, Tabernáculo Verdadero del Espíritu Santo y Arca de la Nueva Alianza entre el Cielo y la Tierra, Y que para ello, fue hecha Pura y Limpia desde el primer instante de su vida.

No podía ser de otra forma.

Su condición de Hija Predilecta del Padre la acerca tanto a la propia Divinidad que es imposible creer que tanta santidad llegara a conocer la mancha del pecado.

Si la contemplamos como Madre del Hijo tampoco podemos

pensar que albergara en su alma ni sombra de impureza.

¿Quién que tuviera la facultad de escoger a su madre no lo haría con el grado más alto de perfección?

Jesús vino a salvar al mundo y María, la que le dio carne y sangre, fue la primera en beneficiarse de su obra gozando los méritos de la redención preservativa que no es la que levanta, sino aquella que evita la caída.

Por último está su calidad de Esposa del Espíritu Santo -que es la gracia santificante- y que anidó en su seno para formar al Hijo del Hombre.

Si David preparó, para hacer un Templo a Dios, lo mejor que había en la tierra, cuántas gracias del cielo había de escoger el Paráclito para formar a la que había de servir de habitáculo vivo del Verbo.

Todas, sin duda.

Unas para purificarla y otras para adornarla.

De esta manera recibió dones como el de la integridad que la eximió de ser tentada por los enemigos del alma dotándola de paz perpetua e inalterable o el de la impecabilidad que la hizo inmune contra el pecado, e igualmente gozó de perfectísimas virtudes naturales y sobrenaturales y, sobre todo, de una abundantísima gracia.

Para San Alfonso María de Ligorio la primera gracia conferida a María fue mayor que la que recibieron, reciben y recibirán todos los Santos y Angeles juntos.

Porque su santidad está por encima de la de cualquier otra criatura.

Donde los demás terminan Ella empieza.

Y es esto tan cierto que es la propia María la que entona

su canto de alabanza y gratitud a Dios porque por El "la proclamarán dichosa todas las generaciones".

Y así ha sido, es, y será.

Desde los comienzos del Cristianismo la figura de la Virgen ha sido objeto de profundo respeto y gran veneración.

En todos los tiempos ha habido escritores que han tratado de su Inmaculada Concepción, y oraciones usadas, desde antiguo, por la Iglesia suponen esta verdad tan fuertemente arraigada en la piedad de los creyentes extendidos por toda la Tierra.

Mas hay que reconocer, y hacerlo con verdadero y legítimo orgullo, que si hay algún lugar que se haya distinguido en creer y manifestar su fe en la Pureza Absoluta de María, ese, sin lugar a dudas, por su especial entusiasmo, es la nación española.

Desde los tiempos de Juan I de Aragón, en los que se prohibió contradecir dicha doctrina, a los de Carlos III.

Del ímpetu con que el Obispo de Jaén hizo oír la voz de España en el Concilio de Trento a las embajadas que enviaron los Monarcas a la Santa Sede para solicitar la proclamación solemne.

Todos a una. Los Cardenales, los Reyes, los Ayuntamientos, las Universidades con sus votos de sangre, los artistas con sus magníficas obras y el pueblo, llano y sencillo, con su ingenua pero innegable sabiduría, se unieron consiguiendo que desde nuestro suelo se elevara un inmenso clamor pidiendo de Roma la Definición Dogmática de tan sentida y arraigada creencia, hasta que, por fin, llegó el día por el que la Iglesia había suspirado durante diecinueve siglos, y en la mañana del Ocho de Diciembre de 1854, para gozo y regocijo de toda la cristiandad, el Pontífice Pío IX declaró, por medio de la Bula "Inefabilis Deus", que "la doctrina que defiende que la Bienaventurada Virgen María

fue preservada y exenta de toda mancha de pecado original desde el primer instante de su concepción, está revelada por Dios y debe ser creída firme y constantemente por todos los fieles".

España lo defendió y Roma lo proclamó, se ha dicho una y mil veces y es tan verdad como que nuestra nación se ha destacado secularmente en la veneración de la Santísima Virgen.

Tal vez sea porque sus virginales plantas -cuando aún vivía en carne mortal- hallaron las tierras aragonesas como asegura una piadosa tradición, no lo sé, pero lo cierto es que a lo largo de toda nuestra geografía encontramos múltiples y variadas muestras del cariño que le profesamos a la Madre de Dios.

Las hallamos en las majestuosas catedrales y recoletas ermitas; en las grandes pinacotecas y los humildes retablos callejeros; en los escritos de los grandes autores del Siglo de Oro o en la sencilla costumbre de dar la bienvenida a nuestros hogares con tres hermosas palabras: "Ave María Purísima".

España y la Inmaculada. Binomio indivisible que se pone de manifiesto incluso fuera de nuestras fronteras cuando, en la misma Ciudad Eterna, la plaza que lleva el nombre de nuestro país está presidida por un monumento levantado en honor de tan hermoso Misterio.

Tan arraigada y nuestra es esta convicción que hasta a los ternos toreros de tonalidad celeste los llamamos "azul Purísima".

España entera ha sido siempre un coro orante para cantar la Pura y Limpia Concepción de la Madre de Dios.

Pero si, de todas esas voces, tuviéramos que escoger una solista, esa, por clara y por potente, no podría ser otra que la de Andalucía.

Andalucía es, por excelencia, la tierra de María.

No hay un sólo rincón donde no se haga patente su presencia.

Andalucía, castigada por problemas seculares pero sabia en el peso de múltiples culturas, ha sabido poner su confianza en la Señora y honrarla y festejarla con las particularísimas formas de expresión que le da su especial idiosincrasia.

Aquí, los lugares llevan nombres de la Virgen con la misma facilidad con que sus imágenes toman su advocación de valles, ríos y parajes diversos.

Aldeas, pueblos y ciudades celebran fiestas extraordinarias en honor de sus respectivas Patronas y éstas aglutinan, sin excepción de ninguna clase, la devoción de todos los naturales del lugar.

Piadosas novenas que abarrotan los templos; procesiones solemnes que discurren entre enormes mareas de fieles o multitudinarias romerías que arrastran a miles de personas fuera de sus hogares para postrarse ante la Imagen de su predilección, son las maneras que el andaluz tiene para alabar a la Santísima Virgen.

Y cuando el pueblo camina  
por senderos polvorientos  
o, por plazuelas y esquinas,  
pasa, nazareno y lento,  
una rosa de los Vientos  
le va "haciendo la cruceta".

Bajo palio o en carreta,  
sonriente o afligida,  
su mirada no se olvida  
de aquel que en Ella confía  
al decirle: Ave María  
sin pecado concebida.



Ese es el piropo unánime que los labios y los corazones andaluces dirigen a María con medios tan bellos como innumerables.

Así es. En Andalucía es válido cualquier modo de alabar a la Señora y encontramos tantos y tan distintos como sorprendentemente múltiples son los nombres a través de los cuales la invocamos e imploramos su Divina Intercesión.

Araceli, Valme, Sierra, Cinta y de los Reyes, Mar o Fuensanta, y así podríamos seguir hasta confeccionar una interminable relación correspondiente a otras tantas bellísimas imágenes que salpican las ocho provincias andaluzas entre las que Málaga es un bello ejemplo.

La Virgen es la Medianera y Dispensadora de todas las gracias y por eso le damos letíficos títulos que son seguro bálsamo para nuestro desconsuelo.

Remedios de nuestros males, carmelitana estrella del mar oscuro de nuestros desvaríos, causa de nuestra Alegría desbordada en canciones entre pinos y chumberas, Pastora dulcísima que apacienta nuestras almas, Rocío, batir de alas de marismeño Pentecostés, turinesa Auxiliadora afincada en capuchinos con la misma fuerza que en el corazón de este pobre pregonero y Madre Protectora Santa María de la Victoria.

Victoria, sí, porque la forma en que la Santísima Virgen fue creada y concebida es la muestra más preclara de cómo Dios, en su infinito poder, vino a derrotar al pecado.

Victoria, sí, porque es su vivo ejemplo de total entrega el que nos da la fórmula para vencer las tribulaciones de este valle de lágrimas.

Victoria, siempre Victoria, porque Ella nos acerca a la

salvación ofreciéndonos el fruto bendito de su vientre allá en el Santuario que -cual vigilante e inexpugnable atalaya- le levantó el pueblo de Málaga.

Porque Málaga ha sido desde siempre crisol donde se funden las más sentidas devociones marianas.

Quizá, a diferencia de otros lugares, lo haya manifestado con la tibieza de su propio clima y, por ello, carezca de títulos que lo atestigüen pero que de ningún modo necesita, porque por toda la ciudad se pueden hallar pruebas de su cariño a la Virgen y, especialmente, de su acendrado fervor concepcionista.

Así, podremos recorrer todas las Iglesias -desde la Catedral hasta la más periférica parroquia- y comprobar que no hay ni una sola en la que la Inmaculada no tenga erigido su propio altar. Incluso dos templos, uno en el barrio de Gamarra y el que hoy, una vez más, nos acoge, están consagrados a tan hermosa advocación.

Saldremos a la calle y nos encontraremos con imágenes de la Inmaculada en la fachada de la Iglesia de Santiago o en una encantadora hornacina de la céntrica calle Denis Belgrano. Discreta y casi oculta en los vericuetos de la collación de San Felipe o, espléndida y triunfante, entre mimosas y violáceas jacarandas, en el monumento de la plaza de Capuchinos ante el que una tradición, hoy desgraciadamente perdida, mandaba despedir el año con el cántico de una fervorosa Salve.

Y podremos buscar, por supuesto y cómo no, en el ayer y hoy de nuestras cofradías para así constatar el arraigo que dicha creencia ha tenido, desde siempre, en el seno de tan señeras instituciones.

Porque las cofradías, y por ende los cofrades, han sido baluartes en la proclamación de todas las virtudes de la Madre

de Dios y sostenedoras infatigables de su merecido culto.

Por ello no es de extrañar que fueran pioneras en elevar su voz para proclamar, aun con la sangre si preciso fuera, la Concepción sin Mancha de María.

De ello nos hablan los juramentos efectuados por numerosas Hermandades entre las que no podía faltar la Archicofradía Sacramental de Ntra. Sra. de los Dolores que, en el primer artículo de sus constituciones de 1688, encarga "a todos los hermanos que como medio eficaz de amar a Dios, hiciesen voto de defender la pureza de su Madre", premisa esta, mantenida hasta nuestros días y que está contenida en la obligatoria protestación de fe que se renueva anualmente en la solemne Función Principal de Instituto.

Y es que esta Corporación, cuestionada, discutida y atacada desde la ignorancia y la cortedad de miras de algunos -no tiene más blasones que su secular marianismo y su larga tradición de adoradora ferviente del Dios Vivo en el Sagrario.

"Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar y la Virgen Concebida sin Pecado Original", reza, desde antiguo, una jaculatoria que bien podría resumir el espíritu de este Venerable Instituto que, en el discurrir del tiempo, ha honrado a la Señora sin mancha llamándola con varios y acertadísimos títulos.

Ella es Ntra. Sra. del Triunfo porque su concurrencia a la tarea salvadora de Jesús supone el eslabón necesario para reanudar la amistad de los hombres con el Dios que quiso hacerla "más Pura que el sol y más hermosa que las perlas que ocultan los mares".

Es Ntra. Sra. de la Soledad, además de por el enorme abatimiento que sufrió al verse desposeída de su amadísimo Hijo,

por la singularidad que constituye el hecho de que "Ella sola entre tantos mortales del pecado de Adán se libró".

Y es, en definitiva, Inmaculada Virgen de los Dolores, plasmación perfecta de la alegórica azucena entre cardos, Mística Rosa de pasión intacta en el fanal de su retablo, humilde violeta en la escueta elegancia de su trono y sobre todo Purísima y Virginal Madre del Cristo de la Redención.

Jesús despliega sus brazos, cual bandera de amor, en el mástil de la Cruz, para inmolar la Carne y la Sangre que recibiera de María que, al ser nombrada Madre de la Humanidad, abre sus manos -hasta entonces entrelazadas conteniendo su inmenso dolor- y las extiende, amables y acogedoras, para así abarcar mejor a todos sus hijos. Y nosotros, llenos de gozo, tratamos de glorificarla y alabarla con todo el lenguaje que la tradición cofrade pone a nuestro alcance que, a pesar de su especial grandilocuencia, siempre se quedará corto comparado con la Señora.

Porque ni el mármol, ni el bronce,  
ni el barro, ni la madera  
que escultores consagrados  
modelaran con destreza,  
pueden reflejar la Imagen  
de Criatura tan Excelsa.

Ni el pincel de los pintores,  
ni el color de sus paletas,  
ni la tinta, ni el grabado,  
ni el óleo, ni la acuarela  
encuentran forma posible  
de dibujar la silueta

de la Mujer más hermosa  
que existió sobre la tierra.

Ni el crisol de los joyeros,  
ni las más preciadas gemas,  
ni el buril de los orfebres  
que en plata y oro cincelan,  
son dignos de repujar  
corona para esta Reina.

Ni los brillantes brocados,  
ni las finísimas sedas,  
ni el terciopelo bordado  
de mostacillas y hojuelas,  
pueden servir de vestido  
para adornar su belleza.

Ni la prosa de los libros,  
ni el verso de los poetas,  
ni los medidos sonetos,  
ni quintillas, ni cuartetos  
hallan las justas palabras  
que describirla pudieran.

Ni capillas musicales,  
ni clarines, ni trompetas,  
ni las sencillas estrofas  
que componen la saeta  
son acordes comparables  
con la melodía perfecta  
que es el nombre de María  
con tan sólo cinco letras.

Ni el crujir de los varaes

ni la ofrenda de la cera,  
ni los tiernos tulipanes,  
ni la orquídea, ni la freexia,  
ni el azahar de los jardines,  
ni el clavel que se alinea  
sobre las jarras de plata,  
con su color asemejan  
la blancura de su alma  
¡Tota Pulchra! ¡Gratia Plena!  
¡Qué lástima que esta Flor  
la haya de tronchar la pena!

Pero cuando llegue ese momento, Señora, esta Archicofradía permanecerá a tu lado dando testimonio de su innegable carácter mariano.

Cambiarán las formas, sí.

Las celestes colgaduras que visten esta mañana se tornarán en bambalinas con el granate color de los Mártires de los que Tú eres Soberana.

Junto al blanquiazul pendón concepcionista, que hoy tremolamos con fuerza, habremos de colocar la Cruz que guiará nuestros pasos y el Mater Dolorosa que muestra tu piadoso corazón atravesado por la profética espada.

Los cánticos de júbilo se volverán fúnebre "Stabat Mater" para acompañarte igual que lo hacemos hoy, y, con la misma fuerza que hoy, enseñaremos al mundo tu incomparable grandeza.

Todo igual y diferente a la vez.

Y no harán convocatorias, ni estrados, ni pregones, ni pregoneros porque entonces será el inefable lenguaje de nuestro

silencio el que entre rouan y esparto, rosario y cirio, dé fe y certifique la veracidad del viejo aserto que asegura que una imagen vale más que mil palabras.

No repican las campanas  
en la tarde que se muere  
ni el aire, asombrado, quiere  
susurrar entre las ramas.

No se mueven ni las llamas  
de los penitentes cirios,  
ni un pétalo de los lirios  
se quiebra en leve rumor.

Ya se aleja el Redentor  
en silencio, de puntillas.

Cae postrada de rodillas  
la luna y sus resplandores:  
mi Virgen de los Dolores  
se acerca a la carrerilla.

Deja, Madre, que comparta tu pena y tu dolor, susurrarán las voces de unas mujeres que han entendido que la caridad con los demás es la mejor forma de hacerse hermano de Cristo en la Cruz.

Deja, Madre, que, llegada la hora, mi hombro se haga penitente cargando con esa Cruz con la misma alegría que hoy soporta la responsabilidad de ser la voz de todos sus hermanos.

Pero aún queda tiempo para eso.

Es Diciembre y apenas faltan veinticuatro horas para que la torre de la Catedral llene de bronce la mañana con el repique a Vísperas de la Fiesta de la Inmaculada, y hemos de prepararnos

para vivirla de manera intensa y comprometida.

No basta con cantar las virtudes de María si no nos esforzamos en imitarla.

El culto a la Virgen en palabras de nuestro actual Pontífice "no es sólo una forma de devoción o piedad, sino también una actitud".

Ella es el espejo en el que hemos de mirarnos para dar a nuestra vida un verdadero sentido cristiano, y hemos de hacerlo desde el compromiso que exige la sociedad actual.

Así, de la misma forma que ponemos nuestro máximo empeño en proclamar el Misterio de la Concepción, tenemos que asumir, en estos tiempos de descreimiento y peligrosos sectarismos, la responsabilidad de la evangelización para comunicar que hay un Dios que nos salva porque nos ama.

Y es el amor a los hermanos el que nos obliga a adoptar una postura solidaria en momentos en los que tres cuartas partes de la Humanidad malvive con extrema precariedad y sufre todo tipo de privaciones materiales y morales.

No ha de importarnos la etnia, ni la cultura, ni la raza, ni el sexo, ni, tan siquiera, la religión de aquellos que nos rodean para ampararlos en sus necesidades y llevarles nuestro mensaje de fe, esperanza y caridad, pues es la tolerancia y la convivencia lo que nos ha de servir para la formación de una gran familia.

Porque ésta es el núcleo germinal de la vida y la sociedad y, en contra de opiniones que la consideran un concepto trasnochado, hemos de volcarnos en demostrar su utilidad y plena vigencia.

Mirando el ejemplo de María comprenderemos mejor el



ejercicio de la obediencia y de la responsabilidad familiar a la par que daremos al hecho de la maternidad el enorme valor que le corresponde, aunque algunos quieran negárselo.

María Corredentora, María Madre.

Axiomas que nos acercan a la verdadera dimensión de la fiesta de la Inmaculada que, hoy como ayer, nos disponemos a celebrar solemnemente.

Vienen a la mente del pregonero imágenes de una infancia desde la que ya aprendió que el ocho de diciembre era una efeméride verdaderamente grande.

Recuerdo cómo cantábamos, por los patios y galerías del colegio, camino de la capilla. Y cómo, con lápices y celofanes de colores, confeccionábamos tiernas felicitaciones para ese Día de la Madre que, al menos en mi caso, ninguna moda comercial consiguió desplazar de tan señalada fecha, ya que la mujer que me trajo al mundo llevaba el hermoso nombre de Concepción.

Acude a mi memoria la sensación de que el día conocido popularmente por el de la Purísima era el primer aldabonazo de la cercana Navidad, viendo cómo en el hogar, perfumado por la matalahúva de los caseros borrachuelos, se comenzaban los preparativos para montar el Nacimiento, siendo ésta la única ocasión en la que a mi hermano y a mí se nos permitía jugar con las figuritas y animales, que no fueran de barro, que nuestra imaginación convertía en habitantes de un superpoblado rancho.

Vivencias íntimas y lejanas que se unen a otras más recientes que están directamente relacionadas con la organización de este acto. La confección de la primera e ingenua convocatoria y el encargo del hermoso dibujo de la actual, las gestiones para conseguir el texto íntegro de las copias de Miguel Cid que en ella

figuran y, por supuesto, las numerosas ocasiones en las que he sido el encargado de cubrir de flores las plantas de esta soberbia Inmaculada que nos preside desde su estrellado camarín, y a la que hoy dirijo mi ferviente oración.

Madre nuestra que estás en el cielo.

Santificado sea tu nombre y bendita tu pureza.

Muéstranos el camino que conduce hasta tu Reino y enséñanos a imitarte en la aceptación de la voluntad del Padre.

Tú que nos procuraste el Cuerpo de Cristo -alimento para el alma- ayúdanos a conseguir el sustento diario.

Envuélvenos con tu mirada misericordiosa para que aprendamos a perdonar.

Sé siempre modelo de fortaleza para evitar las tentaciones, y ruega por nosotros para que, por tu poderosa intercesión, seamos librados del mal.

Sí, Señora, intercede por nosotros porque Tú eres Perdón, Gracia, Esperanza, Salud, Paz, Caridad y, sobre todo, Amor y Amparo.

Tú eres Purísima Reina de los Cielos a la que los cofrades recurrimos con toda confianza y, por eso, te honramos solemnemente en el día de tu Concepción Inmaculada.

Señora, este pregonero, ya no sabe decir más.

Si mis palabras tuvieran algún brillo, Tuyo es el mérito, pues estoy seguro de que fue tu luz inmarcesible la que alumbró mi débil inspiración.

Tan convencido estoy de ello como de que eres Tú misma la que ha puesto en mis manos las facultades que me sirven, además de para ganar el pan de cada día, para tener el inmenso honor de vestir tu Sagrada Imagen.

Porque es una suerte, sí, poder tenerte tan cerca, casi para mí solo. Es un privilegio, no exento de responsabilidad, saber que cada alfiler, cada rizo, cada pliegue, servirá para que te nos muestres aún más bella si es posible.

No me importan los malintencionados comentarios, ni las críticas, ni la incomprensión y las dificultades que ponen los que más debieran ayudar.

Por ello, en estos días, como siempre desde hace años, he vuelto a cumplir, gustoso, la dulce obligación de cambiar tu seria indumentaria del tiempo de difuntos por otra más acorde con el júbilo que embarga a toda la cristiandad en la solemne fecha que se avecina.

Hoy no hay lugar para la tristeza ni para repujados puñales que atraviesen tu pecho henchido de gozo.

El Señor ha hecho en Ti maravillas y hasta el pañuelo que enjuga tu llanto parece una azucena, nacida en el gracioso arriate de tu mano.

Queremos verte, radiante y majestuosa, como el discípulo amado en su visión apocalíptica y por eso

Quise vestirte, María,  
como filial homenaje  
y el luto de tu ropaje  
cambiarlo por alegría.

Te coloqué, Madre mía,  
blanca saya de brocado  
que en tu talle inmaculado  
de nieve me parecía.

Con las blondas del tocado  
fuí enmarcando tu perfil

en una nube sutil  
de rizos desordenados.

Para cubrirte los hombros  
manto azul de terciopelo  
pues solo el color del cielo  
es digno de Tu Pureza.

Después, sobre tu cabeza  
puse ráfaga de estrellas  
y a tus plantas de Doncella  
la luna hubiera bajado,  
mas como estaba tan alta  
que no la pude alcanzar  
hoy te ofrezco este cantar  
de cofrade enamorado.

He dicho.